

BONO, UN INTELLECTUAL DE LOS POBRES.

Raymundo González*

A nuestro entender, no se ha prestado atención a un aspecto esencial del pensamiento social de Pedro Francisco Bonó con respecto a la formación de la ideología nacional dominicana en el siglo pasado. Ese aspecto nos remite al primer intento intelectual de interpretar el proyecto de Nación dominicano desde la perspectiva de los grupos sociales dominados. Esta afirmación resulta discutible y muy problemática para todos los que llevamos puestos los anteojos de la tradición historiográfica portadora de los proyectos sociales de la clase dominante, a quienes el ámbito nacional le pertenece de manera exclusiva.

El pensamiento de Bonó ha sido objeto de muy pocos estudios, y puede decirse que ninguno de ellos da cuenta de su evolución. Se acepta con más facilidad la transformación radical que provocó la industria azucarera, la crisis del tabaco o la economía depredadora de bosques sobre el conjunto social, que los cambios en los reflejos ideológicos en las capas intelectuales de la sociedad.

Es interesante observar cómo se ha dejado de lado la transformación ideológica de Bonó y se ha interpretado el conjunto de sus proposiciones sobre la sociedad dominicana en función de lo que puede justamente señalarse como el momento inicial de esa evolución. Esta consideración estática ha estado presente en varios trabajos que abordan directa o indirectamente su pensamiento.¹ Es preciso distinguir etapas en la formación de su pensamiento social, al menos como metodológico para captar la variación de los ejes fundamentales en que se enmarca esa reflexión. Quizás sea menos problemático postular que existen diferencias de fondo entre sus "Apuntes para los cuatro ministerios del Estado" (1857) y los "Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas" (1881), evidentes, no tan sólo en el modo como se dirige a sus interlocutores, sino también

* Estudiante de término de la carrera de Economía del Instituto Tecnológico de Santo Domingo.

en cuestiones cruciales sobre las formas de propiedad de la tierra, sus criterios acerca de los procesos socio-políticos.

Podemos distinguir a este propósito tres etapas a lo largo de los 50 años en que se distribuye su producción intelectual. Una primera etapa está vinculada a la visión jurídico-política de la problemática social, de inspiración rousseana, marcada por su solidaridad con el pensamiento liberal cibaño de orientación burguesa, y específicamente por el proyecto federalista que defendió a raíz de la revolución de Julio de 1857. La segunda corresponde a la madurez de su reflexión social: se inicia con un período de aislamiento y estudio, y se centra en la crítica del progreso; este es el punto más alto de su evolución ideológica, donde concentraremos nuestra atención en las páginas que siguen. La tercera coincide con la etapa final de su vida y está dominada, en cierto modo, por el fracaso de sus expectativas sociales y el pesimismo.²

LA SEGUNDA ETAPA: LOS NUEVOS CRITERIOS.

Conviene empezar con una cita de Bonó que constituye el primer anuncio de la nueva perspectiva que asume en sus consideraciones sociales. Un año antes de la publicación de sus "Apuntes sobre las clases trabajadoras", escribió un ensayo cuyo contenido es una indicación importante de su concepción de las clases:

"Vi, en el curso de los tiempos pasados, a generaciones enteras arrastrándose en medio de la desesperación y del dolor. Al coloniaje español con sus errores terribles. Al esclavo lleno de dolores, casi desnudo, en medio de un enjambre de mosquitos y jejenes lo vi; hambriento, sediento, calzado de clavos, cubierto de empeines y úlceras (...); todo el día en ayunas, salvo algunas frutas silvestres (...). Buscando afanoso el sustento del amo, por fin lo encuentra, lo carga al hombro y se lo entrega ya de noche para recogerse a la arruinada pocilga, único refugio de sus seres queridos, madres, esposa, hijos, como él desnudos, hambrientos y tullidos. Vi al amo, tendido en su hamaca de sogas, en otra choza algo mejor que la del esclavo; roto, descalzo, pálido, demacrado, estúpido; rodeado de una familia embrutecida y todos atacados por la misma dolencia cruel sufrida con el estoicismo de las razas saturadas por la ignorancia y la superstición. Vi en los tiempos intermedios, aunque nivelados por las leyes civiles y políticas estas clases, seguir revolcándose en el fango de su prolongada organización, en la misma ignorancia y con la misma vida salvaje y doliente. Vi en los tiempos presentes con todas nuestras impotencias, esparciendo a todos los vientos fórmulas brillantes y estériles, y en un torbellino de desastres, a las clases directoras, bajo presiones distintas pero todas insensatas, hacerse cruda guerra, destruyendo, arruinando, demoliendo sus haberes y los de las clases inferiores; cuya hambre, desnudez, ignorancia y enfermedad aumentadas por tantas calamidades, no les permitían subir el primer tramo de la escala racional para ver un mejor horizonte".³

Como bien señala Jimenes Grullón, Bonó, sin tener conocimiento de las obras de Marx, ha pensado en el problema de las clases y además lo ha convertido en la base de su interpretación de la problemática socio-económica del país.⁴ Este criterio con el cual realiza Bonó la crítica del progreso, ha sido denominado por Hoetink como "determinismo histórico social".⁵ La consecuencia más importante de este cambio es que abre la brecha no sólo para la crítica social, sino para colocarse en la perspectiva de las clases explotadas... Precisamente ese "mejor horizonte" constituye la propuesta social hacia la cual tiende su búsqueda. La crítica no tiene sentido si no se hace desde un lugar social y con un horizonte —que por fuerza debe ser utópico— definido. Sin horizonte no puede haber crítica, aunque éste no sea asumido conscientemente por su autor.

La crítica del progreso informa, pues, de una concepción alternativa de dicho progreso; significa un rompimiento con el liberalismo burgués, que Bonó hace sin dejar de ser un liberal. Y efectivamente, quiere escuelas, quiere caminos, quiere industrias, quiere leyes que beneficien el progreso; pero su noción del progreso está ahora vinculada directamente a "los de abajo", que son quienes con su esfuerzo hacen progresar al país. La noción del progreso está relativizada en función de lo que es provechoso para las clases trabajadoras. Para Bonó sólo se está progresando cuando se traduce en beneficio material y espiritual de las clases dominadas.

¿Quiénes forman estas clases? Está claro que el trabajador en que piensa Bonó no es principalmente el obrero asalariado, sino el campesino, pequeño propietario, dueño de limitados medios de producción, que dedica una parte de su tiempo a la producción para el mercado y vive del trabajo suyo y de su familia. Ahora bien, este concepto incluye también a los artesanos, recueros, peones, obreros asalariados, aparceros y otros grupos contrapuestos a lo que él denomina "la clase directora".

La crítica del progreso.

De entrada cabe señalar —con Leopoldo Zea⁶— que la noción del progreso o civilización —entendidos así como sinónimos— estuvo presente en la mayoría de los planteos sociopolíticos de los ideólogos de la independencia, y también formó el núcleo de las nuevas ideas y los nuevos caminos que, en lucha contra las herencias coloniales, se abrieron a las recién emancipadas naciones latinoamericanas. Tal como afirma González Casanova refiriéndose al siglo XIX, "a lo largo de todo el pensamiento latinoamericano, y de la mayoría de sus clásicos aparece el tema de la libertad, del progreso".⁷

La República Dominicana no fue la excepción, y muestra de ello es que están presentes desde el mismo movimiento trinitario, igualmente nutrido de las doctrinas burguesas en boga en Europa.⁸ El enfrentamiento a la corriente colo-

nialista, también es una nota característica. Esta última, después de varios intentos, logró anexar el país a España en 1861. Pero también en ese momento en que se suprime la nacionalidad, liberales representantes de la clase dominante interpretaron la condescendencia con dicho acto, como una espera por los resultados del progreso:

"...A pesar de tan sólidas y poderosas razones para que la Anexión de este país a la Corona de España fuese mal aceptada, el pueblo, sin embargo, ya fuese que el *incesante deseo de mejora y del progreso que era uno de los rasgos característicos de la Sociedad Dominicana*, le hiciese conllevar su suerte, con la esperanza de encontrar en su fusión con una Sociedad europea, los elementos de la prosperidad y de los adelantos por los cuales venía anhelando ya hacía diez y ocho años; (...) el pueblo, decimos, calló y esperó..."⁹

No fue sino hasta el último cuarto del siglo XIX,¹⁰ cuando la cuestión del progreso tomó el carácter que desde décadas atrás acusaba en las demás naciones hispanas del continente. Es claro que dicho proceso se halla estrechamente unido a la implantación de la industria azucarera moderna en nuestro suelo y, por ende, al surgimiento de relaciones capitalistas de producción en la formación social dominicana.¹¹

El "renacimiento azucarero" estaba llamado a transformar la faz y el fondo de la sociedad dominicana,¹² poniendo sobre el tapete asuntos económicos y sociales que darán lugar a las reflexiones propiamente rotuladas de estudios sociológicos y económicos. El tema del progreso —junto a la cuestión de la paz— constituyó el punto de convergencia de este pensamiento, por cuanto los nuevos cambios pugnaban por conseguirlo.

El pensamiento liberal iba a encontrar nuevos cauces para su desarrollo; las doctrinas hostosianas, probablemente mal entendidas, darían un inusitado empuje a la *corriente nacionalista y liberal; en cualquier caso, la ideología del progreso se adueñaba de la sociedad, asomándose bajo este nuevo giro, un sutil y no menos nocivo pensamiento neocolonialista, que respondía a la matriz que orientaba la reflexión sobre la pobreza latinoamericana vehementemente criticada por Martí.*¹³ En nuestro país, el primer cuestionamiento a la ideología del progreso lo hace Pedro Francisco Bonó, cuya penetrante mirada pone en evidencia la madurez de su pensamiento que evolucionaba en una perspectiva que asumía continuidades y rupturas con el liberalismo burgués de sus contemporáneos.

En la preocupación por las clases trabajadoras estriba el carácter distintivo de su pensamiento. Abiertamente en sus "Opiniones de un dominicano" (1884) queda patente el alejamiento de los puntos de vista que sostenían los ideólogos del progreso:

"...declaro que disiento en todo y por todo de las apreciaciones generales que veo en la prensa nacional y oigo en los círculos donde se examina y discute nuestra situación.

Yo no veo el progreso que se decanta, y tanto se vocea, ni menos las razones que se dan para probarlo..."¹⁴

Bastará mostrar tres aspectos básicos en los que se verifica su distanciamiento de las posiciones burguesas y la solidaridad con los sectores explotados. Es por este camino, que lo lleva a sustentar —para decirlo con una frase de Martí— "el sistema opuesto a los intereses de mando de los opresores", por donde se llegaría a comprender el por qué de su rechazo a la nominación presidencial en cuatro ocasiones.

a) El problema agrario.

En primer lugar, la cuestión de la propiedad rústica. Su análisis al respecto está ordenado en torno a cuatro ejes básicos, a saber: 1) la evolución histórica de la propiedad territorial; 2) los efectos del aumento de la población "en los ranchos cercanos a las ciudades, villas y pueblos, donde perturbó los métodos anteriores de trabajo" y la forma de la tenencia de la tierra, punto central de atención en su análisis; 3) derivado del anterior, propone el estudio de los efectos de la propiedad comunera, ya que observa que a pesar de la "inestabilidad y confusión del derecho del propietario", "ha producido un aumento de potencia industrial"; 4) finalmente, propone como soluciones viables a los problemas planteados por la propiedad comunera, la división en predios agrícolas y ganaderos, para lo cual es necesaria la mensura promovida por el Estado y lograr así la "división regular y equitativa de las tierras de los ranchos entre sus poseedores actuales, con lo cual la tierra mejor y más importante de la República adquirirá la estabilidad inherente a toda propiedad exclusiva",¹⁵ aunque se trata de medidas que deberán ser ponderadas y gradualmente aplicadas por los legisladores.

Esta posición que toma los elementos positivos de la propiedad comunera, contrasta con las opiniones de la época y con la suya expuesta en 1857.¹⁶ José Ramón Abad califica de "funesto" para la producción el número indeterminado y anónimo de copropietarios en dichos terrenos, en tanto en cuanto no fija ningún dominio privado.¹⁷ Bonó, sin embargo, cita dos razones que considera decisivas para apoyar su opinión:

- a) "La comunidad de los sitios ha permitido a los hombres emprendedores y laboriosos bastante pobres para no disponer de una sola cabeza de ganado, para ocupar con labranzas propias una extensión cien veces mayor que un justo porrateo les asignara; y este halago, muy tentador por cierto, hace ingresar cada día en los ranchos a todos los agricultores que se ven estrechados en las estancias, comarca de tierra medida, limitada, muy cara y ya labrada, y que en aquellas feraces tierras, baldías y baratas, obran prodigios, bajo la creencia de que tienen derechos perfectos en la cosa".¹⁸

- b) Teniendo los particulares que valerse de la jurisdicción posesoria de los alcaldes, los copropietarios arreglan los casos de juicios de posesión mediante acuerdos contractuales aun bajo ciertas limitaciones, ya que no pueden mesurar, apear y amojonar a las propiedades, tanto por el alto costo que supone (que puede incluso llegar a ser mayor que el de la tierra) como por la falta de tribunales competentes en la mayoría de las provincias. De cualquier manera, concluye, "esta combinación llena el objetivo de la ley, que es no dejar a la tierra vacante y sin dueño, beneficia al trabajo futuro, economiza el presente, y da la medida de la suficiencia de las clases trabajadoras".¹⁹

Esta última afirmación ha de leerse en contraste con lo que afirma en ese mismo escrito sobre la clase directora, la cual "siguiendo una fatal tradición, todo lo espera del extranjero".²⁰

Bonó distingue dos procesos de transformación de la propiedad: el que se produce de manera espontánea conforme al crecimiento de la población,²¹ característico de las provincias del Cibao hasta la Restauración; y otro de carácter forzoso y violento. Así, frente a la evolución pacífica que había visto producirse en el Cibao, para entonces también dislocado, la situación de la transformación de la propiedad de la tierra en el Este representaba la cara opuesta al "curso natural", donde se pone de manifiesto el poder disolvente del capital dinero en una sociedad en la cual comenzaba a generalizarse su uso en el intercambio comercial.²² Era el resultado de la violencia de los métodos del "monopolio del capital moneda" que se había implantado en el país gracias a "los desaciertos de la legislación violenta en la dirección del trabajo".²³ Estaba claro para Bonó que esa orientación en la transformación de la propiedad era resultado de una política de franquicias y monopolios que la clase dominante alegremente venía proclamando a todos los vientos como la panacea del progreso. Justamente esta política corría pareja a la importancia que tomaban las exportaciones de cacao y azúcar, en la generación de ingresos al Estado, por encima de los que proporcionaba el tabaco sumido en una larga crisis. Tan temprano como en 1880, Bonó bautizó con el nombre de "privilegiomanía" a esa política que se comunicaba a todo el cuerpo social.²⁴

En segundo lugar, los cultivos asociados a los procesos de transformación de la propiedad son estudiados por Bonó en sus múltiples efectos económicos y sociales. Su preocupación por las clases trabajadoras lo lleva a considerar el tabaco como "el verdadero Padre de la Patria" y "el nervio principal de nuestras riquezas".

Entiende que el cultivo del tabaco es una actividad económica cuyos beneficios "alcanzan a todos los sectores sociales", por lo que su cultivo es provechoso al país; entre otras razones están: 1) el poco capital que requiere la siembra y su cuidado; 2) su ciclo de seis meses que deja tiempo libre para la siembra de otros productos; 3) la facilidad de la obtención de crédito, por medio de avances; 4) por el conocimiento que tiene el campesino de dicho cultivo, fruto de una

larga experiencia; 5) el número de industrias artesanales que pone en funcionamiento, e incluso el transporte; y 6) no tiene la competencia de los países europeos y Norteamérica en materia de sustitutos industrializados, como es el caso del azúcar.²⁵ La ubicuidad del tabaco, por su presencia vivífica en las industrias nacionales, su régimen de pequeña propiedad y las ventajas de su cultivo son los elementos esenciales para comprender la estima e importancia que concede Bonó a dicho cultivo. No se puede reducir su punto de vista a una actitud exclusivista, aunque el tratamiento que hace del cultivo del tabaco tenga visos de ello. Su mirada va más allá, y su actitud decidida a combatir lo que él llama "las malas doctrinas reinantes en el Cibao", responde a la necesidad de impedir —en lo inmediato— la "ruina de los trabajadores".²⁶

En este sentido deben interpretarse también las razones que expone sobre la inconveniencia del cultivo del cacao en su "Congreso Extraparlamentario"; lo que está en juego aquí es el acceso a estos cultivos por parte de los pequeños propietarios campesinos, que tarde o temprano se hallarían en la quiebra, endeudados y obligados a vender a los potentados de la ciudad que les prestan "avances". Su cultivo: 1) requiere de un capital significativo; 2) luego del trabajo de tala, tumba y habite hay que esperar 4 ó 5 años para obtener los primeros frutos; 3) el capital que se invierte corre el riesgo de perderse fácilmente, pues, "el cacao después de una vida corta muere de cuajo y el labrador cae en la miseria"; 4) al no existir una tradición de cultivo, el campesino no cuenta con la experiencia necesaria, además de que no existen los medios apropiados para dotarlo de ella, como son las escuelas agrícolas; 5) no cuenta con mercados estables en el extranjero.²⁷ El conjunto de estas consideraciones sobre el tabaco y el cacao y las consecuencias sociales que de ellas se derivan, especialmente para las clases trabajadoras, Bonó las sintetiza en una sentencia que alude directamente a estas implicaciones: "el cacao es oligarca, el tabaco demócrata".

Por su parte, la industria azucarera también le merecerá duras críticas:

"He hecho ver —escribe en 1884— la transformación del este, la traslación a títulos casi gratuitos de su propiedad a manos de nuevos ocupantes encubiertos bajo el disfraz del progreso. Progreso sería, puesto que se trata el progreso de los dominicanos, si los viejos labriegos de la común de Santo Domingo, (...) fueran en parte los amos de sus fincas y centrales, si ya ilustrados y ricos como hacendados, en compañía de los que han dado el Inapreciable favor a nosotros, trayéndonos su dinero, sus conocimientos, sus personas, su trabajo, mandarían directamente sus productos a Nueva York. Pero en lugar de eso, aunque pobres y rudos, eran propietarios, más pobres y embrutecidos han venido a parar en proletarios. ¿Qué progreso acusa eso?"²⁸

Bonó con gran agudeza advierte la ceguera de aquellos que aceptan el progreso a la ligera; que se dejan, por decirlo así, "llenar los ojos" con ferrocarriles, industrias a vapor, etc., y que no hacen otra cosa que "elogiar, elogiar el pro-

greso". El desarrollo de la industria azucarera lo percibe como el producto de la arbitraria violentación del curso regular de los cambios que debían producirse en las fuerzas productivas, principalmente por el efecto combinado del aumento de la población y la adopción de cultivos apropiados que permitieran un aumento del comercio interno con las demás provincias. Las consecuencias de esta abrupta transformación no se hicieron esperar. "El monopolio destruyó los conucos y sus anexos (...); y con ellos la subsistencia de la ciudad y trabajadores (...). Al labriego del Este sólo le queda su persona y ésta es inviolable hoy".²⁹ Con ello Bonó describe patéticamente el divorcio entre los productores directos y sus medios de producción.³⁰

b) La paz.

La cuestión de la paz remite a un problema de organización económica; no a la legalidad, no a un problema sólo político. La cuestión de la paz tiene para Bonó un fondo social y es allí donde hay que ir a buscar las verdaderas soluciones del "caos revolucionario" o "caudillista". Y no se cansa de repetir este planteamiento: Es en la organización del trabajo de toda la sociedad donde estriba el problema de la paz y del progreso.

La organización económica de la sociedad dominicana se caracteriza, siguiendo su análisis, por la oposición entre el campo y la ciudad. Una oposición signada a su vez por relaciones de explotación: la ciudad explota al campo, a consecuencia de la dinámica propia de esa organización económica.

De un lado, está el campo donde vive la mayor parte de la población trabajadora; es decir, donde se produce prácticamente toda la riqueza del país. Del otro lado, la ciudad se presenta como el polo opuesto donde se concentra la clase directora, que se apropia, sin producirlo, del excedente social mediante la comercialización, los impuestos y el sistema de avances, distribuyéndolo de acuerdo a sus intereses, y asignándolo según sus conveniencias a distintos objetivos sociales, que no son otros que los que aseguran su dominación sobre el campo.

El predominio de las pugnas intercaudillistas y la consiguiente ausencia de paz son dos fenómenos íntimamente asociados; la manifestación de ambos se halla condicionada por el antagonismo entre campo y ciudad; es refiriéndose a esta contradicción existente en la base de nuestra organización social que Bonó escribe a su amigo el padre Cristinacce, en el mismo año de 1884, lo siguiente:

"...me parece que (sic) el tono de la prensa por la profunda miseria del pueblo, por el aparato de tanta riqueza mal adquirida y sobre todo por la incapacidad probada del Gobierno y su falta de prestigio que marchamos hacia la catástrofe. Me parece que hay una sorda perturbación que no ha estallado por falta de un jefe audaz que sea su representante y su portaestandarte. Si el pueblo lo encuentra nos veremos entre balas sin que se pueda acusar a nadie..."

Para subrayar enseguida los efectos de la política de corrupción propiciada por la clase directora:

"Y todavía si se malversa, si se expolia, y no se va a las fuentes del trabajo para interrumpirlo, para destruirlo con utopías y mirajes engañosos, tal vez así se podría tener alguna esperanza".

E irónicamente añade:

"Complace ver toda la parte dirigente estudiar y calcar las combinaciones europeas del trabajo y aplicarlas por la fuerza en un país bárbaro; complace ver a tantos sabios en cuestiones económicas aplicando los principios científicos de las grandes sociedades civilizadas en un país pobre..."³¹

Con el trabajo de toda la sociedad herido de muerte —para usar una expresión suya— no es posible alcanzar una paz que no sea provisional. Sobre bases tan endeblas, tan inestables, queda pendiente de la amenaza de una revolución social que busque implantar por medios violentos la equidad a que aspiran las masas irredentas, aunque una y otra vez se repitan los intentos fallidos: la inestabilidad política es una consecuencia de la explotación económica que opone el campo a la ciudad, en que se apoya todo el organismo social, y esto se manifiesta como "un desorden que en su fondo son protestas del trabajador".

No cabe la menor duda sobre la conclusión que impone este análisis; ya en otro escrito ha puesto de relieve las consecuencias de orden político erigidas en esas condiciones. En efecto, en 1881 escribió:

"...resultará que la sociedad dominicana fue organizada para el despotismo, que los acontecimientos posteriores han acabado por pulir dicha forma, y que tendremos mal que nos pese rebeliones y más rebeliones; dictaduras y más dictaduras; porque, además de ser el remedio universal a que han apelado pueblos y gobiernos en las horas supremas de su existencia, los nuestros no se prestan para otro".³²

c) El capital y el trabajo.

Al plantear el problema de la relación entre el capital y el trabajo, Bonó se mueve en una ambigua distinción entre el capital como ente colectivo, que repercute en el desarrollo social, y la lógica del capital, que sólo atiende a su acumulación y para ello se abroga el derecho de todos, explotando al obrero:

"...soy enemigo de las injusticias sociales que arrastran consigo desastres infinitos, las que hacen descender al hombre de su alta posición de ser racional, inteligente, independiente, a la de bruto, a la de cosa, pero no lo soy de la alianza del capital y del trabajo. Abogo por la igualdad, por la libertad de los servicios, y para que se establezcan relaciones entre el obrero, jornalero y

capitalista, fundados en las conveniencias, en el interés de unos y otros. En una palabra, quisiera que fuéramos ricos y grandes..."³³

La "alianza del capital y del trabajo" entendida como "relaciones de igualdad" fundadas en las "conveniencias mutuas" se contradice con la lógica del capital, que él conce como observador atento de los fenómenos sociales. Y la confianza que parece expresar su planteo se desvanece:

"Aunque tarde ya, algo podría hacer aún, pero creo también que ni aún este algo podrá realizarse, porque cuando el capital entra por la brecha del monopolio y está en posesión de los derechos de todos, no le es dable ilustrarse hasta el punto de entrar de repente en la concurrencia libre de los servicios mutuos. Este es un esfuerzo que pide una abnegación que no tiene este capital!"³⁴

"Este capital", distinto de aquél que establece una alianza con el trabajo, es el que trae consigo las tremendas consecuencias denigrantes del ser humano.³⁵ En su opinión, el remedio está en la equidad de las relaciones entre ambos: "...si esto se realiza —dice—, si todos en ellos pensasen y concurriesen porque es trabajo de conjunto, no de uno o dos, no vendrá con grave ruina..."³⁶ pero esto, ya lo ha dicho, no es posible.

Al final de la argumentación expone lo que debe entenderse como un presagio de una revolución social, en tanto reitera la solución posible dentro de los sistemas económicos basados en la violencia, en la explotación del hombre por el hombre:

"No se realizará, pues, —concluye— lo que creo conveniente, como nunca se ha realizado, sólo después de desengaños deplorables, para que paguemos como siempre la humanidad ha pagado, los desaciertos de la legislación violenta en la dirección del trabajo".³⁷

EL TRASFONDO SOCIAL DEL PROYECTO NACIONAL.

Sus criterios sobre el conflicto social que genera la organización económica se forman paralelamente a su comprensión del fenómeno europeo de la cuestión social.³⁸ Para llegar a este punto hace un pequeño rodeo; se queja del poco contenido de los escritos de nuestros pensadores que se entretienen en "cuestiones de detalles insignificantes", "mientras que las frías meditaciones que sugiere la ciencia de la observación filosófica no entra en la manera general de tratar nuestras cosas".³⁹ A su modo de ver es en estas meditaciones donde

"...pueden encontrarse la razón, la explicación y el remedio de ciertas explosiones periódicas desastrosas que mantienen en zozobra a la Nación, y ellas solas ponen de relieve la justificación de las cóleras repentinas y de los descontentos permanentes de nuestro gran grupo laborioso. En Europa, aunque a

intervalos más largos, también tienen lugar iguales explosiones; pero los hombres ilustrados de ese hemisferio... siguen otro camino al nuestro. Las causas remotas o próximas de los descontentos de las cóleras, son prolijamente indagadas...".⁴⁰

Bonó considera que en una sociedad es imposible eliminar todas las desigualdades sociales, y que éstas no generarán antagonismos en grupos considerables a menos que la legislación, la opinión y las máximas las generalicen y constituyan en sistema. Y de ahí pasa a referirse al antagonismo entre el campo y la ciudad, eje crucial por donde pasan los conflictos sociales en la nación dominicana, "cuyas manifestaciones violentas la sacuden con frecuencia para sumirla en la miseria":

"Los prudentes atribuyen estas contradicciones a nuestra barbarie —dice—, y no se engañan, mas es preciso distinguir, con la guía de la caridad cuál es más bárbaro. En Europa que no quieren, y con razón, pasar por bárbaros, atribuyen con más fundamento parecidas explosiones del proletariado a los sufrimientos de éste, a la explotación del capital, a la mala organización del trabajo en general, a la poca participación de los trabajadores en los beneficios realizados. Por mi parte creo que en mi país la más de las veces el del campo no ve al de la ciudad como amigo ni como hermano, sólo como una carga pesada que, además de vestir, sostener y alimentar, pretende sin ningún título darse los humos de señora absoluta y despótica. Si a esto se agrega que la autoridad ubicada en la ciudad hace aún más odiosa la cosa, ejerciendo sus funciones las más de las veces como una verdadera calamidad para el que trabaja, llamándole a su presencia para despojarlo, para quitarle su tiempo, sus servicios, sus economías, sin que por pudor siquiera escude sus expoliaciones con el interés común, la medida entonces se derrama, inunda el país de un desorden que en su fondo son protestas del trabajador".⁴¹

Aunque ciertamente no está delineado un proyecto histórico alternativo, sin embargo, la dirección en que apunta se halla implícitamente en sus escritos. Más aún, está presente la exigencia de tal proyecto, sobre todo a través de sus criterios de "igualdad", "justicia social", "equidad", que se pueden resumir en su máxima: "juntar la riqueza con la justicia"; y ésa constituye la aspiración sobre la cual se funda la idea de un proyecto nacional alternativo. Al margen de las fórmulas políticas menos felices que esbozó, la "incapacidad de la clase directora" frente a la "suficiencia de las clases trabajadoras", es un contraste muy sugerente de la posición en que se ha colocado para emprender la articulación que haga compatibles el crecimiento de la riqueza del país con la igualdad social. A Lupe-rón, en alguna ocasión, le señaló las implicaciones de esta concepción: "...general—le dijo—, defienda al peón que es la patria y la patria es el todo".

NOTAS

- 1) Trabajos recientes, como el de Freddy Peralta "La sociedad dominicana vista por Pedro Francisco Bonó", *EME-EME* 29 (Marzo-Abril 1977) 13-54 al presentar aspectos uno tras otro y combinando textos de diferentes momentos, no pueden dar cuenta de la evolución de su pensamiento. Lo mismo sucede con Ramón Morrison, "Pedro Francisco Bonó y la educación", *Aquí*, 10 y 17 de marzo de 1984, aunque considera sus ideas educativas dentro "del discurso pedagógico no-dominante de su época". También Pedro Catrain y José Oviedo, *La cuestión nacional y la conformación del Estado en la República Dominicana*, Cuadernos del Cendia, No. 11, 1983 suscriben esta visión. Trabajos previos como el ensayo de Emilio Rodríguez Demorizi, que forma el prefacio a los *Papeles de Pedro Francisco Bonó*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 1964 y el de Rufino Martínez en su *Diccionario biográfico-histórico dominicano, 1821-1930*. Santo Domingo: UASD, 1971, tampoco reparan en dicha evolución.
- 2) Este artículo es parte de un estudio más amplio que realizamos. La primera y tercera etapa de la evolución del pensamiento de Bonó no la publicamos por razones editoriales de la revista *Estudios Sociales*.
- 3) Pedro Francisco Bonó, "Un proyecto" en Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles de Pedro Francisco Bonó*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 1964, p. 179. Todas las citas de Bonó están tomadas de este libro. En adelante citaremos Bonó, el título del escrito, y la página del libro.
- 4) Cfr. Juan I. Jimenes Gullón, *Sociología política dominicana, 1844-1966*, vol. I. Santo Domingo, Ed. Taller, 1975.
- 5) H. Hoetink, *El pueblo dominicano, 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica*. Santiago: UCMM, 1972, p. 35.
- 6) Cfr. Leopoldo Zea (comp.), *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*. México: Sep-Diana Ed., 1979, p. 8.
- 7) Pablo González Casanova, *Sociología del desarrollo latinoamericano (una guía para su estudio)*. México: UNAM, 1970, p. 16.
- 8) "La ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte" en Franklin Franco et al., *Duarte y la independencia nacional*. Santo Domingo: INTEC, 1976, p. 148-158.
- 9) Emilio Rodríguez Demorizi, *Actos y doctrinas del gobierno de la Restauración*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 1963, p. 40-41.
- 10) Pedro Henríquez Ureña ha puesto de relieve este hecho. Véase, por ejemplo, "La República Dominicana desde 1873 hasta nuestros días". *Obras Completas*, vol. VIII. Santo Domingo: UNPHU, 1979, p. 263-278.
- 11) Roberto Cassá, "Acercas del surgimiento de relaciones capitalistas de producción en la República Dominicana" en *Realidad Contemporánea* 1 (Oct.-Dic. 1975) 13-76.
- 12) Jaime de Jesús Domínguez, *Notas económicas y políticas dominicanas sobre el período julio 1865-julio 1886*, vol. I. Santo Domingo: UASD, 1984, p. 105-129.
- 13) La visión del progreso predominante se basaba en que el progreso debía venir de fuera, que nuestros pueblos no estaban preparados para él; que la fusión de razas, de culturas, de religiones, de una moral que se extendía contradecía las normas del trabajo y la industria — todos estos elementos "sospechosos" aportados por nuestra cultura espiritual y material— no eran más que taras para el logro del objetivo del progreso. Es la pereza, aprendida del español, agregada a la pereza de la raza indígena, o el mestizo enervado por el clima, lo que explica la miseria de estas regiones. Todo ello representaba la barbarie. Martí responde a esta visión en "Nuestra América", *Política de nuestra América*. México: Siglo XXI, 1980.
- 14) Bonó, "Opiniones de un dominicano", p. 277.

- 15) Bonó, "Apuntes sobre las clases trabajadoras", p. 220-225; y carta a Fernando A. de Meriño, presidente de la República. San Francisco de Macorís, 5 de mayo de 1881, p. 262-267.
- 16) Bonó, "Apuntes para los cuatro ministerios de la República", p. 82, nota 3.
- 17) Cfr. José Ramón Abad, *La República Dominicana, reseña general geográfica estadística*. Santo Domingo: Imp. García Hnos., 1888.
- 18) Bonó, "Apuntes. . .", p. 223.
- 19) Idem.
- 20) Idem, p. 192.
- 21) Bonó, carta a Fernando A. de Meriño, presidente de la República, San Francisco de Macorís, 5 de mayo de 1881, p. 262-267.
- 22) Jaime Domínguez caracteriza este momento como de "creciente comercialización". *Notas económicas. . .*, p. 14.
- 23) Bonó, "Opiniones. . .", p. 283.
- 24) Bonó, "Privilegiomanía", p. 251-252.
- 25) Bonó, "Apuntes. . .", p. 196 ss.
- 26) Esta idea es reiterada en varios escritos. Ver "Estudios", "Apuntes. . .", "Congreso Extraparlamentario".
- 27) Bonó, "Congreso. . .", p. 362-364.
- 28) Bonó, "A mis conciudadanos", p. 327.
- 29) Bonó, "Opiniones. . .", p. 281.
- 30) Luis Gómez señala la importancia de este proceso de acumulación originaria desde fines del siglo pasado. Cfr. *Relaciones de producción dominantes en la sociedad dominicana, 1875-1975*. Santo Domingo: UASD, 1979.
- 31) Bonó, carta a J.F. Cristinacce. San Francisco de Macorís, 21 de octubre de 1884, p. 517.
- 32) Bonó, "Apuntes. . .", p. 228.
- 33) Bonó, "Opiniones. . .", p. 287.
- 34) Idem, p. 283.
- 35) En este punto la crítica social de Bonó pisa un terreno moral común a las corrientes socialistas utópicas europeas, las cuales posiblemente fueron las fuentes donde conoció la cuestión social.
- 36) Bonó, "Opiniones. . .", p. 282.
- 37) Idem, p. 283.
- 38) Esto es fruto también de un esfuerzo dirigido a ver el "fondo de las cosas" sociales. De ahí las numerosas reflexiones metodológicas que acompañan sus escritos.
- 39) Bonó, "Opiniones. . .", p. 287.
- 40) Idem.
- 41) Idem, p. 288-289.

